

—He visto á Penhoel, replicó Enrique, cuyo acento melancólico tomó una tinta de amargura, y salgo mañana para Paris.

En el momento en que el jóven pintor pronunciaba estas últimas palabras, se dejó oír un débil grito al pié de la terraza.

Los dos amigos se inclinaron al mismo tiempo sobre la balaustrada y vieron dos formas blancas deslizarse entre los castaños.

—Ellas son, exclamó Roger.

Quiso precipitarse, pero Enrique lo detuvo.

—Tú te quedas, dijo; eres feliz.... créeme; véla por ellas para protegerlas y no para espiarlas.

MADRE E HIJA.

Era la habitacion del Angel de Penhoel; un pequeño lecho rodeado de cortinas blancas cuya transparente muselina dejaba ver una imágen de la santa Vírgen adornada de un laurel bendito, algunas sillas bordadas por la Señora y que representaban asuntos infantiles y graciosos, bellas estampas de la vida de los santos y una pequeña biblioteca de palo de rosa llena de libros.

En esa reducida estancia se presentaba pocas veces la jóven: mostrábase la niña, la niña cándida é inocente.

Alguna cosa indicaba en aquel lecho tranquilo que ignoraba hasta esos ensueños vagos que mecen á los quince años el sueño de la vírgen. Todo era risueño, pero frio. La niña gozaba feliz en medio de la pubertad. Tardaba en ser mujer.

Y lo que sonreía en aquella gentil estancia, lo que era fresco, gracioso, coqueto, no pertenecía á Blanca sola; Marta de Penhoel era la que habia adornado con el amor el gabinete de su hija. Al pensar en su hija se habia rejuvenecido, y si á veces un poco de esperanza consolaba la tristeza de su noche solitaria, era que pensaba que entre aquellas blancas colgaduras dormia su dulce Angel, ignorando á la vez las angustias de lo pasado y las amenazas del porvenir.

Cada uno, por desgraciado que sea, posee tambien en el fondo de su corazon una especie de asilo donde abrigar su pensamiento. En el alma hay siempre un rincon donde Dios clemente deja un rayo de esperanza.

Marta de Penhoel sufría. Acumulábanse en torno suyo las amenazas. Su pobre corazon, herido hacia muchos años, destilaba sangre. El pasado no tenia para ella mas que amargos pesares, el presente un martirio terrible, el porvenir....

¡Ay! Habia allí tan crueles torturas, que valia mas cerrar los ojos y esperar como el condenado á quien la suprema piedad de la ley pone una venda sobre los ojos.

Eran algunos instantes despues del accidente que

habia turbado el baile en el salon de verdor. El buen tio Juan, la Señora y Blanca, acababan de llegar á la habitacion de esta última.

Blanca estaba todavía pálida y parecia pronta á perder de nuevo los sentidos.

La Señora, que la habia sentado en una butaca, la rodeaba con sus brazos. La pobre mujer procuraba sonreír, pero habia en su fisonomía un desaliento mortal.

El tio Juan se habia detenido en el dintel de la puerta. El esfuerzo que habia hecho para sostener á la jóven habia traído á sus mejillas las mechas ligeras y blancas de su cabellera. La melancolía dulce que habia ordinariamente en sus facciones, cedia ante un profundo desconsuelo.

Miraba á las dos mujeres y sus mejillas estaban húmedas.

El desmayo no podia por sí solo haber producido aquellas terribles emociones, y detrás del azar de este acontecimiento, debia haber otros dolores antiguos y ocultos.

Blanca apoyaba sobre el respaldo de la butaca su encantadora cabeza, cuyos delicados y puros contornos parecian tallados.

—No será nada, murmuró la Señora con voz que queria ser alegre, pero en que se adivinaban reprimidos sollozos: ¿dónde te duele, pobre hija mia?

Blanca llevó la mano á la cintura.

—¡Me ahogo!... dijo.

Bajo la forzada sonrisa de la Señora se ocultaba un estremecimiento de angustia.

Repitió sin embargo con acento triste:

—No será nada.

Después se volvió hacia el tío Juan, que se apoyaba inmóvil en el picaporte de la puerta, haciéndole señas de que se retirara.

El anciano salió inmediatamente sin decir una palabra. A través de la puerta cerrada se oyó un instante el ruido de sus albarcas al atravesar el corredor.

Iba con paso lento y encorvada la cabeza. Cuando pasaba delante de una de las ventanas y las luces diseminadas por el jardín llegaban hasta él, se hubiera podido verle oprimir la frente con sus trémulas manos.

Blanca estaba sola con su madre.

No era por la presencia del tío Juan por lo que Marta se esforzaba por sonreír, porque su mirada se fué haciendo cada vez más cariñosa.

—Levántate un poco, murmuró; quizá te oprima demasiado el vestido.

—¡Oh no! dijo el Ángel; bien sabes, madre mía, que lo han ensanchado hace algunos días.

—¿Qué importa si padeces?

—No es eso, no es eso, replicó la jóven, que se sublevaba sencillamente contra la evidencia.

Voy creciendo y engruesando, madre mía; pero en cuatro días no ha podido ensancharse tanto mi

cintura. ¿No has tenido tú esta enfermedad cuando eras jóven?

Los párpados de la Señora se bajaron; no respondió.

—¡Dios mío! replicó Blanca apoyando sus dos manos contra su pecho oprimido; creo que tienes razón... Me ahoga el corsé. Si esto continúa, preciso será hacerme los vestidos con el cuerpo tan ancho como si fueran para Mme. Kerbichel... Soy muy desgraciada.

—¡Locuelal! dijo Marta; para hacerse una niña bella y esbelta, es preciso sufrir algo.

—Mis primas Diana y Elena son ya grandes y bellas, y nunca las he visto sufrir así.

—Es que no lo recuerdas, mi pobre Blanca.

La jóven exhaló un suspiro en que tenía más parte su infantil coquetería que los dolores agudos de su mal.

Hizo un esfuerzo para levantarse á medias, y la Señora colocándose detrás, quitó los corchetes del vestido.

En esa posición, en que no podía ser vista, Marta de Penhoel no disimuló. Aquella sonrisa sostenida penosamente que embellecía entonces su rostro, dejó paso á una tristeza silenciosa y desanimada.

El vestido de Blanca tenía en efecto las huellas del trabajo de la costurera; pero no era una sola vez como ella creía, la que lo había ensanchado. Tres pliegues faltaban, tres pliegues deshechos uno

á uno, y los dos primeros por la propia mano de su madre.

Los corchetes quitados dejaban ver entonces el corsé: habia un ancho espacio vacío.

—Ensancha pronto, madre mia; me ahogo, murmuraba el Angel, cuya respiracion se iba haciendo cada vez mas penosa.

Los dedos de la Señora temblaban mientras que procuraba deshacer el nudo de la trencilla.

—¡Pronto! oh! pronto! te lo ruego, decia la niña con pena.

Las manos de Marta, torpes y como impedidas, apretaban el nudo en vez de aflojarlo. Cuanto mas se esforzaba por conseguirlo, mas nudos nuevos se hacian en la trencilla de seda.

Temó de la chimenea unas tijeras y la cortó.

Desembarazadas de la presion que las sujetaba, se ensancharon las caderas del Angel.

Lanzó un grito de bienestar.

El corsé abierto se habia retirado á derecha é izquierda, y ocultaba entonces sus ballenas hasta bajo la tela del vestido.

—¡Oh! tenias razon, madre mia, dijo Blanca, aliaviada repentinamente; este pícaro corsé era el que me hacia daño.... Me parece estar ahora en la gloria.

Respiraba con delicia.

Las miradas de la Señora se fijaron ávidamente en las caderas de su hija, donde los pliegues de la camisa permanecian aplastados y sujetos hasta cier-

to punto á la carne, dolorida por la reciente presion de las ballenas.

Luego su mirada midió la separacion de las dos partes del corsé, como si hubiera querido darse cuenta de la repentina fuerza que las habia separado.

Antes, cuando su traje estaba cerrado, conservaba Blanca la cintura de una jóven; pero esta apariencia juvenil de flexibilidad era debida completamente al molde elástico que modelaba sus caderas.

El muelle estaba roto; el talle de Blanca aparecia disforme.

Los ojos de la Señora se elevaron al cielo: una lágrima rodó por su mejilla: hubiérase dicho que un pensamiento odioso y siempre combatido penetraba á pesar suyo en su alma.

—¿Qué haces? preguntó Blanca.

Marta enjugó ávidamente sus párpados húmedos, y separó dulcemente los hermosos cabellos rubios del Angel, para darle en la frente un beso lleno de ardiente amor.

—Bien decia yo, hija mia, murmuró, que esto no seria nada.... Las jóvenes tienen enfermedades estrañas como esta.... No hay que pensar mas en ello.

Blanca le devolvía sus caricias diciendo:

—Buena madre.... tú siempre eres la que me cura y consuela. Sin tí cuántos, cuántos sufrimientos se apoderarian de mí Tendria miedo de morir!

—¡Morir! repitió Marta de Penhoel, que se sentó al lado de su hija, atrayéndola sobre sus rodillas.

—Si tú supieses.... replicó el Angel: otras veces, durante mi infancia, estaba mala con mucha frecuencia; pero lo que entonces sentía era muy diferente de lo que padezco hoy.... De pronto se conmueve en mí una cosa, se pára mi respiración y me falta el corazón....

Se detuvo para ocultar su encantadora cabeza en el regazo de su madre, y añadió en voz baja:

—¡Oh! algunas veces tengo miedo.... mucho miedo!....

La mirada de la Señora se perdía en el vacío. Las palabras del Angel se deslizaban por su inatenta imaginación. No escuchaba.

Durante el corto silencio que siguió, el color y la palidez se sucedieron muchas veces en sus mejillas. Dos ó tres veces abrió la boca como si una pregunta estuviera para salir de sus labios.

No se atrevía....

Al cabo de algunos segundos estrechó á su hija contra su pecho con una especie de frenesí. Un esfuerzo repentino que hizo sobre sí misma dió una apariencia de alegría á su fisonomía.

—¡Hablemos!.... dijo... ¿Te acuerdas de cuando gustabas dormirte así por las tardes?

—¡Se está tan bien al lado de tu corazón!.... murmuró el Angel medio cerrando los ojos y fijando su linda pupila en los de su madre.

—Antes de dormirte, prosiguió la Señora, me de-

cias lo que habías hecho durante el día.... En aquel tiempo no tenías secretos para mí....

—¿Los tengo acaso ahora? preguntó Blanca admirada.

La duda de Marta se hizo aun mayor. Evidentemente quería interrogar, y algun escrúpulo detenía sus preguntas en los labios.

—No sé.... dijo; las jóvenes gustan de hacer misterios....

—Yo gusto estar á tu lado, interrumpió el Angel, que sonreía cándida como la misma verdad; gusto mostrarte mi alma.... No podría ocultarte mi conciencia mas que á Dios.

Esta vez brilló en el rostro de Marta de Penhoel una verdadera alegría. Prosiguió, teniendo su boca unida al rostro de Blanca é interrumpiendo sus palabras para darle un beso:

—Te creo; ¿podría ser acaso de otra manera?... ¿No sabes cuánto te amo?... Y sin embargo....

Se interrumpió: una nube había cubierto su alegría.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!.... pensaba la Señora, cuya serenidad ocultaba mal su nueva angustia: haced que yo me haya engañado, y aumentad el peso de mis penas!....

—Quería decir, replicó en alta voz, que no tienes tú la culpa, hija mía, mi pobre Blanca.... Los niños no saben leer claro en el fondo de su propio corazón.... Recuerdo el tiempo en que tenía yo tu edad....

—¡Qué hermosa debías ser y cuán amada! murmuró Blanca, que miraba á su madre con la admiración del amor filial.

—Era como tú, Blanca mia, menos bella aún, y había perdido á mi madre..... ¡Oh! me parece que si la hubiera tenido á mi lado como á tí, pobre hija mia..... ¡Pero qué iba á decir!..... replicó recobrando en todo su valor la fuerza de seguir sonriendo: ¡te haría creer que soy desgraciada!

Blanca, que se había incorporado un momento con inquietud, colocó de nuevo su pesada cabeza sobre el rostro de su madre. En aquel momento, en que el sufrimiento daba treguas, sentía el efecto de las fatigas del día. Movíanse sus párpados con palidez y el sueño iba pesando ya sobre su hermosa frente.

La Señora veía esto, y sin embargo, no podía renunciar á formular al fin la pregunta que tantas veces había estado para escapársele.

Para cualquiera que hubiera podido observar aquella alma desgarrada por una angustia suprema la escena tan inocente en apariencia, hubiérase tomado por de un carácter terrible.

Sobre aquella dulce niña que se dormía sonriendo había una fatalidad misteriosa. Su madre había adivinado su terrible secreto, una cosa cruel, aterradora, inesperada, extraordinaria hasta aparecer imposible.

Pero en el pasado de Marta de Penhoel había

también un misterio del mismo género que la hacía crédula, pudiéndole dar fe de la imposibilidad.

Sin embargo, había dudado. ¿Cómo no dudar delante de aquella faz tan pura y radiante de inocencia? El candor del Angel revelaba algo de mas elevado que la misma evidencia.

Desde que comenzaba la bienhechora duda, la acogía Marta con ardor. Esperaba: parecíanle entonces insensatos sus temores.

Luego sus propios recuerdos acudían en auxilio de la evidencia, creía de nuevo y volvía á caer en el mas profundo desaliento.

Hacia algunos días que se pasaba su vida en estas alternativas.

Sus restantes sufrimientos cesaban y los demás temores callaban.

En aquel momento volvía á recobrar sus derechos la evidencia. Marta de Penhoel acababa de ver y tocar, por decirlo así. Pero delante de la verdad dura é implacable se colocaba el tranquilo rostro de la niña; aquella frente serena era el espejo sin mancha donde se reflejaba su alma ignorante de todo mal.

La pregunta que estaba en sus labios hacia tanto tiempo, hubiera puesto fin á su incertidumbre; pero la Señora no encontraba palabras para expresarla á su gusto. El pudor de las madres es entre todos los pudores el mas delicado y el mas tímido. A veces se enseña preguntando....

Marta buscaba un medio.

Los hermosos ojos azules del Angel desaparecian casi bajo sus pesados párpados.

—¿No vas á volver al baile?... le preguntó repentinamente afectando gran alegría.

Al mismo tiempo abrió los brazos como para invitar á Blanca á levantarse.

La niña se apoyó mas perezosa contra el seno de su madre.

—¡Estoy cansada! murmuró.

—Otras veces, cuando se trataba de un baile, nunca decias que lo estabas aun cuando así fuese.

—¡Era una niña! replicó Blanca.

—¿No te divierten ya?

Blanca abrió los ojos.

—¡Oh! ¡sí, siempre!

—Entre los jóvenes que hay en Penhoel, replicó la Señora, cuya voz tembló ligeramente a pesar de su precaucion, ¿á quién quieres mas?

Blanca no respondió en seguida; luego repitió lentamente:

—¿Entre los que están en Penhoel?

—Sí.

—No sé.

La Señora recobraba ánimo á medida que avanzaba en su interrogatorio, empeñado con tantos temores.

—Veamos, prosiguió; ¿á Roger de Lanoy?

—Quiero á Roger.

—¿A Enrique Moreau?

—Es bueno.... pero....

—¿A Mr. Alain de Pontalés?

—¡No! es orgulloso, es malvado.

—¿A Mr. Roberto de Blois? preguntó la Señora bajando la voz involuntariamente.

Blanca abrió los ojos de pronto, mirándola admirada.

—¡Oh! dijo con tono de reconvencion; ¡qué ideal!

—¡Mr. Roberto de Blois!

Marta suspiró y la besó.

Otra vez olvidó el reciente testimonio de sus ojos.

—Y bien, replicó haciéndole caricias, ¿no quieres decirme á quién amas?

—El que yo quiero no está en Penhoel, respondió el Angel, cuya mejilla se coloreó; desde que mi primo Vicente está en el mar, he pensado en él y lo echo de menos.

Hago mal en echarle de menos, añadió como incomodada, porque no se despidió de mí antes de marchar.

La Señora se habia puesto á reflexionar; sus sospechas no habian nunca recaido en aquel. Sus recuerdos, despertados bruscamente, le mostraron el pálido rostro de Vicente con sus grandes ojos fijos siempre en Blanca.

Permaneció muda por un momento y con el corazon oprimido.

—¡Vicente! murmuró sin saber que hablaba; ¿te has encontrado alguna vez sola con él?

Blanca se sonrió.

—Todos los días, dijo.

—¡Todos los días!... repitió maquinalmente Marta de Penhoel. ¿Y te dijo alguna vez que te quería?

—No se atrevió....

—¿Y no te lo ha dicho nunca?

—No.

La Señora había visto un momento la esplicacion del misterio; pero el misterio se hacia mas impenetrable que nunca; porque Blanca no podia mentir.

A medida que avanzaba el interrogatorio, sentia su madre la dificultad de llevarlo mas lejos.

Hasta entonces Blanca no habia adivinado los motivos que dictaban estas preguntas, hechas en un tono de ligera alegría; pero una palabra mas hubiera podido hacérselas comprender.

Sin embargo, era preciso saber mas.

—¡Pobre Vicente! dijo la Señora, buscando una transicion; mucho tiempo hace que no tenemos noticias tuyas.

—¡Oh! ¡sí, suspiró Blanca!... ¡cinco meses!... es mucho tiempo.

Habia contado los meses.

La Señora la examinó á hurtadillas. Su bello rostro permanecía tranquilo, impregnándose apenas de una ligera tinta de melancolía.

No se podia enganar: si el corazon de Blanca palpitaba mas dulcemente al nombre de Vicente

de Penhoel, era una preferencia de niña, una ternura sencilla é inocente.

Esta podria cambiar y ser despues otro sentimiento, pero aun no era amor.

—Ya ves, dijo Marta, pasando sus dedos por entre los sedosos cabellos rubios del Angel; tenias un secreto que yo ignoraba.

—Si yo hubiera sabido que eso era un secreto, respondió Blanca, que volvía á dormirse, te lo hubiera confiado al momento.

La Señora dudó otra vez: luego un ligero encarnado fué á colorear sus mejillas mientras que murmuraba esta última pregunta:

—¿Y otros que Vicente no te han dicho que te amaban?

—Si otros que él me lo hubiesen dicho, replicó Blanca, me hubiese incomodado.

—¿De modo que no tienes otro secreto?

—No.

Los ojos del Angel se cerraron en aquel momento. Las miradas de Marta estaban fijas en ella, mas tiernas y maternales mientras que la mecía dulcemente contra su corazon como á una niña que se quiere dormir.

Durante algunos segundos que duró el silencio se adormeció el pensamiento de Marta de Penhoel al contacto del sueño de su hija. Retardaba cuanto podia la pobre mujer que despertara su conciencia.

—Madre, balbuceó Blanca sin abrir los ojos y con

esa voz lenta de las personas que se duermen, me he engañado. Tengo un secreto y voy á decirte-lo.... No sé por qué no te lo he dicho antes.... Era hácia la primavera de este año....

Hacia como hoy mucho calor, y me habia dormido por la tarde en el canastillo de flores que hay en el jardín. ¿Me escuchas, madre mia?

La Señora se habia incorporado inquieta y atenta. No respondió á la pregunta de su hija sino con la presion mas fuerte de sus brazos.

Blanca prosiguió:

—Tuve un sueño terrible! Me pareció que á mi lado habia un hombre.... muy cerca de mí, mucho, y que me estrechaba con toda su fuerza. Me ahogaba; sentí su abrasador aliento cerca de mi boca. ¿Me escuchas, madre mia?

La palidez de Marta de Penhoel se habia convertido en lividez; sus grandes ojos, abiertos y fijos, espresaban una angustia profunda.

La niña prosiguió con su voz lenta y tranquila:

—¡Son tan malos esos sueños! Yo sabia que dormia, y sin embargo, no podia despertar. Pasaba en mí alguna cosa estraña, y nunca he experimentado otra cosa semejante ni antes ni despues. Pero he aquí lo que todavia es mas estraño....

Quando al fin me desperté, no sabré decir si era la consecuencia de mi sueño, me pareció ver distintamente á un hombre que huia por entre la espesura.

—¿Y le conociste? preguntó Marta con voz sorda.

—No; únicamente como me volvia al castillo encontré en mi camino á Mr. Roberto de Blois.

—¡Roberto de Blois! repitió la Señora, en cuyos ojos brilló un fuego sombrío.

—Es admirable.... ¿no es cierto? repitió otra vez Blanca, cuyos párpados se abrieron á medias para cerrarse de nuevo.

Su aliento se dejó oír regular.

Dormia.

Perq habia dicho bastante. Marta de Penhoel no tenia ya que saber mas.

Permaneció un instante como aterrada; luego por un movimiento instintivo y violento tocó su trémula mano las caderas de la jóven, que gimió en medio de su sueño al sentir la presion.

—¡Perdida! dijo, pronunciando por primera vez esta palabra, que hacia tanto tiempo estaba en el fondo de su pensamiento. ¡Perdida como yo! ¡Qué he hecho, Dios mio, para ser castigada en mi hija!

Lavató al Angel entre sus brazos, tendiéndola dormida sobre el lecho.

Luego se dejó caer en un sillón, cubriéndose el rostro con las manos.

Así permaneció largo tiempo.

Sus ojos estaban secos y abrasados; los sollozos desgarraban su pecho.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! dijo al fin con voz ahogada: hace mucho tiempo que sufro; desde los primeros dias de mi juventud me robásteis la feli-

ciudad y no he murmurado; he visto caer vuestra mano severa sobre la casa de Penhoel, he visto á esa aventurera sentarse en mi sitio; he sentido la mortal amenaza suspendida sobre mi cabeza y ni siquiera he murmurado; pero mi hija! Dios mio, mi hija!....

Sus lágrimas corrian á través de los dedos.

—Mi hija! repitió con desesperacion; soy muy débil contra este último golpe.

—Tened piedad de mí, Dios mio, porque soy una pobre abandonada. No tengo una voz amiga que me consuele ni una mano que me defienda.

Le pareció que en aquel momento respondia á su queja un doble suspiro.

Abrió los ojos.

Elena y Diana, arrodilladas á su lado, cubrian sus dulces manos de besos.

XVIII.

DIANA Y ELENA.

Elena y Diana no eran tratadas en el castillo como hijas de la casa.

Eran efectivamente de la familia, pero entre ellas y su prima Blanca se dejaba una distancia tan grande, que no podian creerse colocadas en el mismo grado de la escala social.

Blanca era la heredera, la verdadera señorita de Penhoel.

Muy raras veces se designaba con este nombre á las dos hijas del tio Juan, que los aldeanos llamaban las *señoritas pequeñas*, y la sociedad simplemente las *pequeñas*.